

SERMON FÚNEBRE
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS
CELEBRADAS EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL
DE CARTAGENA
SITA EN MURCIA

POR EL ALMA DE NUESTRA AUGUSTA SOBERANA,
REYNA Y SEÑORA
DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA,
INFANTA DE PORTUGAL Y REINA CATÓLICA DE ESPAÑA
Y DE LAS INDIAS

DIJO

EL DR. DON MARIANO GARCIA ZAMORA,
ARCEDIANO DE VILLENA, CANÓNIGO DIGNIDAD DE LA
MISMA SANTA IGLESIA, JUEZ SUBDELEGADO DE CRU-
ZADA Y DEL NUEVO SUBSIDIO DE SU OBISPADO.



Impreso á expensas de algunos amigos del Autor.

CON LICENCIA:

EN MURCIA EN LA DE BELLIDO, DONDE SE HALLARA.
AÑO MDCCCXIX.

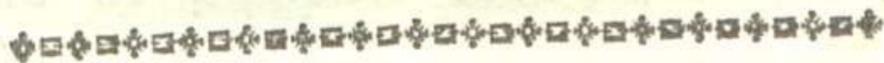


NOTA.

Si de algun papel puede decirse con verdad, que se ha impreso á ruegos de los amigos, lo que comunmente se dice de todos, sin duda puede ser este. Treinta dias hace, que se predicó este Sermon, y desde entonces personas de todas clases de dentro y fuera de esta Ciudad no han cesado de pedirle, con la misma instancia que al dia siguiente de haberse predicado. Quiera Dios que sirva de tanto provecho espiritual, quanto se ha deseado; no teniendo que advertir otra cosa, sino que las noticias de la vida, virtudes y acciones de nuestra difunta soberana, que se anuncian en él, se han tomado, ademas de las cartas de personas muy piadosas y veridicas, de un manuscrito, que se dice ser del Ilustrísimo Señor Don Antonio Allue, Obispo de Zama, confesor de la Reyna: como asi lo expresa el Doctor Don Manuel María de Arjona, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba en su ELOGIO FUNEBRE, dedicado á S. M., impreso en Madrid este año en la de Repullés.

Falax gratia , vana est pulchritudo ; mulier timens Do-
minum ipsa laudabitur.

*Las gracias son falaces , la hermosura es vana ; la
muger que tema á Dios esa será alabada. Prov. cap. 31.
v. 30.*



III.^{mos} SS. *

¡Qué dia tan triste ha amanecido hoy pa-
ra nosotros! ¡Qué dia tan triste y señalado
será éste, en el que nos reunimos en este
santo Templo á mezclar nuestras lágrimas,
y renovar toda la amargura del 26 de Di-
ciembre del año próxîmo anterior! Dia en
que finó para el mundo , y empezó á vi-

* Sr. Obispo y Cabildo , Inquisicion , y Ayuntamiento.

vir para el cielo nuestra amada soberana, Reina y Señora Doña María Isabel Francisca de Braganza, que de Dios goza! en que *cerrando sus ojos*, como decia Job ⁽¹⁾; *nada llevó consigo de cuanto poseia, y baxando al sepulcro*, como se explicó David ⁽²⁾, *dejó por acá todo su esplendor y gloria*. Su vida volvió á la nada, su salud pasó como las nubes, su robustez como el viento. *Todo en este mundo es vanidad, vanidad de vanidades, y todas las cosas vanidad* ⁽³⁾; de modo, que aunque esta sentencia no fuese un dogma de fé, como lo es, la experiencia diaria que tenemos, y la triste que lloramos, nos convencería de su verdad. ¿Quién de nosotros hubiera pensado en aquellos dias alegres en los que esperabamos un parto feliz, en que se preparaban galas para celebrarle, cánticos para elogiarle, y accion de gracias para bendecirle, que en aquellos mismos dias las galas se habian de convertir en

(1) Job. cap. 27. v. 19. Dives cum dormierit nihil secum auferet.

(2) Psalm. 48. v. 18. Neque descendet cum eo gloria.

(3) Eccl. cap. 1. v. 2. Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

5
lutos, los cánticos en lamentos, la acción
de gracias en lágrimas y ruegos por su
eterno descanso? Á la pompa real ha su-
cedido el sepulcro, á los preparativos de
todo género un aparato fúnebre, á la ale-
gria de su real Esposo una profunda tris-
teza, al gozo de los pueblos un senti-
miento general, y á las esperanzas de esta
grande monarquía con las que se prometía
tener un Principe, que digno de sus proge-
nitores extendiese la religion hasta los últi-
mos confines de la tierra, y dictase leyes
á nuevos reynos é imperios, han substitui-
do la angustia y la inquietud de hallarse
el trono sin sucesion. Todo ha desapare-
cido de repente con la muerte de nuestra
amada Reina, todo nos faltó con ella.
Acabóse para esta monarquía su mas her-
moso ornamento, el objeto mas amable
para su real Esposo, para los pueblos su
mayor consuelo, y para su amada familia
el ídolo que adoraba. Su cuerpo bajó al
sepulcro, *el polvo volvió á la tierra de don-
de habia salido, y el espíritu á Dios que le*

habia criado. ⁽¹⁾ ¿ Con qué ya no nos queda cosa alguna de nuestra amada Reina Isabel ? ¿ Habrá perecido su memoria con el sonido como la de los malos , ó será dichosamente eterna como la de los justos ?

Nuestra madre la Iglesia, siempre atenta á la instruccion de sus hijos, permite que en esta augusta ceremonia se coloquen unidos en un solo cuerpo el túmulo y el altar , para que con una sola mirada quedemos instruidos del triste fin de todas las cosas humanas , y del único medio que nos resta para conseguir las eternas. El túmulo , que representa los horrores de un sepulcro , y el altar en que se ofrece á Dios el cordero inmaculado, que quita todos los pecados del mundo. El túmulo fin y término de las grandezas humanas, y el altar depósito de todas las virtudes, y en el que se ofrece á Dios el autor de todas ellas, como que solas ellas pueden formar nuestra felicidad. Túmulo y Altar : ved aqui

(1) Eccl. cap. 12. v. 7. Revertatur pulvis in terram suam, et spiritus redeat ad Deum, qui dedit illum.

7

dos palabras bien expresivas de las intenciones de la Iglesia. Túmulo y Altar: ved aquí los estrechos límites á que debe ceñirse el orador cristiano. ¿Y siendo yo el organo mal elegido para publicar las glorias de nuestra amada Reina Isabel, me atreveré á formar su elogio precisamente de su alta prosapia, que se confunde con los siglos, de sus gracias, de su instrucción y cultura, de su amabilidad, de su elevación y magestad; y no haré consistir su mérito principal en su amor á Dios, en su santo temor, en su fé pura, en su encendida caridad, en su tierna devoción y en su piedad? Estas son las alabanzas que Dios quiere que demos á los difuntos ⁽¹⁾, estas las que el Rey manda, la Iglesia desea, y las que Isabel espera. Si así no lo hiciera, me parece que su memoria perseguiría todos los días de mi vida. Una voz lastimosa pero terrible, me parece, que oiría salir del sepulcro en que yace, ó des-

(1) S. Max. serm. de S. Euseb. Lauda post vitam, magna post consumationem.

de el cielo en que habita , que me diria: ¿ hasta cuando se profanarán los templos con adulaciones insulsas , y con discursos pueriles ? Hasta cuando se derramarán lágrimas estériles por mi muerte , debiendo cada cual verterlas por las ofensas que ha cometido contra Dios ? Ni mi muerte temprana , ni mi muerte imprevista pueden ya servir de otra cosa , que de probar la falsedad de las glorias humanas , y solamente las misericordias que el Señor obró conmigo serán el único provecho que podrá sacarse de mi elógio. Ese túmulo , ese altar te dicen con una muda elocuencia lo que debes predicar.

En conformidad á estas verdades y reflexiones tan sólidas , como cristianas , dividiré mi discurso en dos partes igualmente naturales. En la primera haré ver , que todas las grandezas humanas reunidas en Isabel y pasaron como una sombra , deben servirnos de desengaño , *por que las gracias son falaces , y la hermosura es*

vana ⁽¹⁾: y en la segunda , que todas las virtudes cristianas reunidas en Isabel deben excitarnos á su imitacion , y ser el objeto de nuestras alabanzas , por que *la muger que tema á Dios esa será alabada* ⁽²⁾. Este es el elógio que consagro á la buena memoria DE LA MUY ALTA , MUY NOBLE, Y MUY PODEROSA SEÑORA DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA , INFANTA DE PORTUGAL , REINA CATÓLICA DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS ; haciendo antes la debida protesta , como la hago , obedeciendo los decretos de nuestra Madre la Iglesia, de que con las palabras *santa , bienaventurada* , y otras semejantes , no intento prevenir su infalible juicio , si no que deben entenderse unicamente en un sentido piadoso , como todos lo esperamos.

PARTE I.^a **D**espreciemos á los impíos, que se atreven á decir delante de los Angeles, que no

(1) Prov. cap. 31. v. 30. Falax gratia , vana est pulchritudo.
 (2) Ibi. Mulier timens Dominum ipsa laudabitur.

hay providencia, y confesemos con todas las luces de la razon, y de la fé, que una mano invisible de Dios todo lo gobierna. La hermosa estructura del universo, su conservacion, las leyes generales y constantes que sigue en su carrera, sus continuas producciones, destrucciones, y reproducciones son otras tantas lenguas que demuestran su exístencia. *Reparad*, decia nuestro amado Redentor á sus discípulos, *en las aves del cielo que no siembran, ni cogen, ni almacenan, y las mantiene vuestro Padre celestial* ⁽¹⁾. Los ojos de todos, decia David, *están fixos en tí, Señor, y tú les das de comer en tiempo oportuno. Tú cubres el cielo de nubes, y repartes el agua sobre la tierra; tú produces el héno y la yerba para el mantenimiento de las bestias, y servicio de los hombres, dando alimento hasta á los polluelos de las aves quando te invocan* ⁽²⁾. Mas entre las descripcio-

(1) Math. cap. 6. v. 26. Respicite volatilia coeli quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea, et pater vester coelestis pascit illa.

(2) Psal. 146. Oculi omnium in te sperant Domine, et tu das illis escam in tempore oportuno.... et pullis corvorum invocantibus te.

nes que nos presenta la sagrada Escritura de la divina providencia, me parece la mas comprehensiva la que hizo el Apostol San Pablo, predicando á los Athenienses el verdadero Dios. *Este Señor, les decia, es el dueño de todas las cosas; todo lo llena con su inmensidad, y no necesita de nadie. El es quien dá la vida y la respiracion, el que crió al género humano; y le colocó sobre la tierra. El formó las estaciones del año, y demarcó sus términos. Por él vivimos, por él nos movemos, y por él somos* ⁽¹⁾. *Toca de un extremo á otro del universo con mano fuerte, decia el sábio, y todo lo dispone con suavidad* ⁽²⁾. Para bien general de la Europa, y muy particular de España, ordenó la divina providencia el matrimonio de nuestra difunta Reina con nuestro augusto Soberano el Señor Don Fernando VII, que felizmente reina, por tan extraordinarios y ocultos caminos, que á falta de otros argumentos, éste

(1) Actor. cap. 17. In ipso enim vivimus, movemur, et sumus.

(2) Sap. cap. 8. v. 1. Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.

solo podia probar la exístencia de una providencia ; y para demostrarlo , permitidme, que tome el asunto de un poco lejos.

Es un error popular muy extendido, creer que una nacion no puede ser grande y poderosa por la corta extension de terreno que ocupa en el continente. Athenas, siendo una sola Ciudad, dió leyes á toda la Asia ; Roma con sus ciudadanos conquistó toda la tierra ; Tiro, y Cartago dos solas ciudades fueron señoras del mar, y el sábio gobierno de Portugal elevó esta nacion al mas alto punto de gloria en tiempos antiguos, y en los modernos á la mayor riqueza ⁽¹⁾. Tres veces se ha conquistado asi mismo el Portugal ; y sus descubrimientos y conquistas serian las mas grandes, y ocuparian el primer lugar en la historia, á no haber habido Castellanos que les ganáran por la mano. Nosotros nos gloriaremos siempre de haber descubierto un nuevo mundo, llevado la fé de Jesucristo hasta los últimos términos conocidos don-

(1) Orac. de la Europ. art. Portug.

de se pone el sol, y haber tenido un Alfonso el Casto, un Fernando el Santo, y unos Reyes Católicos; pero los Portugueses nos harán presente, que ellos descubrieron el último cabo del África ⁽¹⁾ desconocido de toda la antigüedad, haber plantado la cruz del Redentor en la China y el Indostán, en los reynos del Japón y de Siam, en Malacá y el Pegú, en Ceilán y demás islas de la especiería; de haber mudado con esto la fáz de la Europa, trayendo nuevas artes, ciencias, comercio, y riqueza, poniendo al lado de los nuestros un Alfonso I. vencedor de los cinco Reyes, un Juan I. llamado el grande, y un Juan IV. primer Rey Padre de nuestra difunta Soberana.

Mas estas dos célebres y poderosas naciones creyeron por algun tiempo, que no habian hecho bastante, si no se daban leyes una á otra. Empeñáronse en guerras sangrientas, hiciéronse odioso mutuamente su nombre, y apoderándose el rencor

(1) Cabo de Buena Esperanza.

de su corazón, se separó Israel de la casa de David hasta el presente día. Grandes fueron los choques que tuvieron estas naciones en los años 1139, 1595, 1640; y por rica y poderosa que supongamos á Castilla no podrá menos de cubrirse de rubor, cuando se la presenten los despojos de la batalla de Aljubarrota ⁽¹⁾.

Pero Dios que preside á todos los sucesos para manifestar despues sus ocultos designios, hizo que el ódio mismo de estas dos naciones se convirtiese en amistad. Á manera de dos valientes campeones, que despues de haberse combatido fieramente, se tratan con cortesía, y terminan en amistad; no de otra suerte hubo en estas dos naciones Reyes sábios y prudentes, Ministros diestros y celosos que buscaron medios para reconciliarlas, y escogieron como el mejor el de los matrimonios de sus Príncipes; que siendo largo el referirlos todos, bastará decir, que los dos mas poderosos que tuvimos, Cárlos V, y Fe-

(1) Mar. Hist. de reb. Hisp.

lipe II. casaron con Princesas Portuguesas. En nuestros tiempos la política dió un paso muy abanzado, y leyendo lo futuro en el transcurso de los tiempos, vió la posibilidad de la reunion de las dos coronas en una sola cabeza. Tal fué el matrimonio de la Señora Infanta y Reina Doña Carlota Joaquina con el actual Rey Fidelísimo de Portugal; tal el de nuestra Reina difunta con nuestro augusto Soberrano el Señor Don Fernando VII: habiendo sido elegida por Dios para esposa de tan gran Monárca entre otras muchas grandes Princesas de las mas altas potencias de Europa. Si oyentes, me atrevo á decirlo con la mayor confianza; Dios eligió á Isabel para ser nuestra Reina, que no la eligieron los hombres: pues este Señor nos dice con palabras términantes y expresas, *que la nobleza, la casa, y las riquezas las dán los hombres; mas que una muger prudente la dá solamente Dios* ⁽¹⁾.

(1) Prov. cap. 19. v. 14. Domus et divitiae dantur ab hominibus, à Domino proprie uxor prudens.

Nació nuestra digna Soberana en Lisboa á 19 de Mayo del año 1797, época memorable, y que tendremos siempre presente por los acontecimientos de aquel tiempo, de los cuales tocó no pequeña parte al Portugal. La Francia desde el primer momento de su desastrosa revolucion miró como un estorvo para sus desígnios la union de Portugal con Inglaterra, y determinó romperla, multiplicando las violencias. Peticiones injustas, absurdas pretensiones, amenazas horribles, todo fué poco contra Portugal. La España abrazando el sistema de conservar una paz, que no era paz, apoyaba en todo, ó en parte las pretensiones de la Francia, hasta que al fin despeñada por ésta declaró la guerra á Portugal, que no cesó si no con las conquistas de Olivenza, y Campomayor. En medio de estos tumultos y estrépito de las armas se criaba la niña Isabel á la sombra de sus Padres, aprendiendo en la tierna edad de cuatro años la vanidad de las cosas humanas, y que los Reyes baxo las piedras preciosas de sus coronas ocultan

muchas espinas, y que están expuestas á muchos baibenes y contratiempos.

Arreciaba, empero, la tempestad, y la Europa á manera de un mar proceloso se alborotaba mas cada dia. Las grandes potencias temian cada cual por sí sola volver á entrar en guerra con la Francia, y el tirano de ésta procuraba mantenerlas desunidas. Solo Portugal fué constante en su union con la Inglaterra; y esta union y sus tesoros, acumulados con largos años de paz, irritaban la cólera y la codicia del tirano. Por esto resolvió sorprender al Portugal; para lo cual sin requerimiento alguno prévio, sin declaracion de guerra, sin aprestos militares le envistió por la espalda, como un hombre alevoso suele acometer á otro pacífico y desarmado. Sus tropas pasaron la raya, y en el espacio de seis á siete dias, ocuparon á Lisboa, y cubrieron las costas del Occéano; salvándose Isabel en el mar con toda su Real familia por una especie de prodigio, para ir á buscar en las márgenes del rio Janeiro, y entre sus fieles vasallos del Brasil la paz y la tranqui-

lidad que no encontráran en su casa. ¿Y quién no advierte en la felicidad de este embarque, en la burla del tirano, y en la desesperacion de sus tropas, por haberseles escapado tan rica presa, una mano poderosa é invisible, que todo lo dispone y ordena? Quién no confesará en esta ocasion una divina providencia protectora, y conservadora de la preciosa vida de Isabel? Bendíjola ésta mil veces por haberla libertado de tan inminente peligro, habiendola concedido el que pasase sus mas tiernos años léjos del estruendo de las armas, aprendiendo de sus padres las virtudes, y dándole con ellos repetidas gracias por haberles librado de la persecucion general, que sufrieron los Reyes en aquel tiempo. Pocos fueron menos ultrajados en sus personas, que los de Portugal: pocos menos insultados con dichos, y chistes envenenados: ninguno, sino ellos, estuvo exento de ser testigo ocular de la devastacion de sus reynos, y ruína de sus vasallos. Millones de hombres muertos en campaña, ó asesinados, tronos despedazados y deshechos.

Reyes desposeídos, prófugos, ó arrinconados en las islas, ó en los confines de sus dominios, alguno de sus Príncipes traído-ramente muerto ⁽¹⁾, sus capitales ocupadas, sus mejores ciudades manchadas con la sangre de sus vasallos, y envilecidas con la inmundicia de sus enemigos, todo sangre, todo muerte, todo horror, lágrimas y desaliento; hasta que Dios cansado de sufrir al tirano, y compadecido de nosotros, le derribó de su ensangrentado sόlio, y le encerró en una de las islas del mar del Súr, adonde arriban pocos navegantes, y éstos conducidos por la necesidad de la navegacion.

Observemos de paso, oyentes, la semejanza de los futuros esposos Isabel, y Fernando en esta época de desgracias, y alabemos la providencia. Fernando cautivo en Valencey, despidiéndose para siempre de España y de sus fieles españoles, que le adoraban. Isabel desterrada en el Brasil, renunciando á los tronos de Euro-

(1) Duque d' Enguien.

pa ocupados por el tirano. Fernando rodeado de espías, que vigilaban sobre todas sus acciones, anotando sus mas ligeras palabras. Isabel tenia tantas como soldados ocupaban el reyno de sus padres, para ver si se introducía ocultamente alguno de su familia. Isabel y Fernando resignándose con la voluntad de Dios, que así lo disponía, besando ámbos la mano que los afligía, y esperando en su misericordia el reyno eterno, que no tendrá fin, en cambio de los suyos temporales que perdian.

Baxó la paz del cielo á consolar á todos los mortales. La béstia quedó encadenada, los Emperadores y Reyes presentaron sus coronas al Cordero immaculado y entonaron el cántico del Apocalypsis, diciendo: *¡cuán grandes son tus obras Señor Dios omnipotente! cuán justos y verdaderos tus caminos Señor Dios de los exércitos! Todas las gentes vendrán y se postrarán en tu presencia, porque tus juicios han sido manifestados* ⁽¹⁾ ¡Qué vaticinio, oyen-

(1) Apocalip. cap. 15. v. 3. et judicia tua manifestata sunt.

tes, tan exâctamente cumplido! Qué victoria tan propia de solo Dios! Asi lo ha confesado el universo, y el tratado de París de 1814 será uno de los mayores testimonios de los siglos pasados y venideros que se producirán en favor de nuestra santa Religion. En él confiesan solemnemente las mas grandes potencias, y despues lo han firmado todas, que la victoria ha sido de solo Dios, y que no puede haber paz en el mundo, sino profesando la religion de Jesucristo.

Con la paz volvieron todas las cosas á tomar el curso ordinario que tenian. La Suprema cabeza de la Iglesia volvió á sentarse en el Vaticano, Fernando VII. entró gozoso en su Corte, los Reyes de Francia, Prússia, Cerdeña, Nápoles y Sicilia recobran las suyas, los Emperadores reúnen sus provincias, y todos *ensalzan el solo santo nombre de Dios* ⁽¹⁾. Recogen todos los frutos de esta tan grande como inesperada paz, siendo el primero asegurar

(1) Psal. 148. v. 12 Exaltatum est nomen ejus solius.

la sucesion de sus reynos, contrayendo nuevos enlaces. Á un mismo tiempo pensaron en esto la Rúsia, la Francia, la Holanda, Nápoles, y Portugal; y Fernando VII. llamó á Isabel para que ocupase su trono. *Ven esposa mia*, la dijo, *ven y serás coronada* ⁽¹⁾. La voz del Rey llega hasta el Brasil; parte Isabel para España; surca los mares del Norte, Atlántico, y Occéano; Dios la protege baxo sus álas, los Angeles tutelares de ámbos reynos la libran de mil peligros y borrascas; llega á Cádiz, y ésta ciudad la recibe con una magnificencia, que desmiente los treinta meses de sitio que habia sufrido.

Desde este dia de la llegada de Isabel á Cádiz podemos empezar á contar sus mayores glorias, ó por mejor decir, las nuestras: rasgóse en este dia el velo que cubria los altos desígnios de una providencia profunda y benéfica, y en él acabó Isabel de padecer para entrar en su gloriosa monarquía. ¿Quién de nosotros podría

(1) Cant. cant. cap. 4. v. 8. Veni sponsa mea, veni coronaberis.

presumir á su repentino embarque en Lisboa, huyendo de la furia de un tirano atróz, que pasados pocos años habia de deshacer el mismo viage para sentarse en el trono de las Españas, y llegar á los brazos de Fernando? Quién diría á Fernando, que se habian de romper sus pesadas cadenas, y habian de sustituirlas los brazos de Isabel? ¡Hombres impíos! proseguid, si podeis, formándoos la idéa miserable de un Dios que tiene ojos y no vé, oídos y no oye; que no protege la inocencia, ni vengga las injurias; que mira el vicio y la virtud con indiferencia; que siendo la misma verdad no aborrece la mentira, la misma santidad y no condena la maldad, y que siendo omnipotente nada tiene que dár á los que le honran: mientras que nosotros adoramos á un Dios verdadero, suma verdad, suma justicia, suma bondad, suma virtud y que con la misma omnipotencia con que sacó á los niños del horno, y á Daniél del lago, sacó á Fernando de las cadenas para que reynase en nosotros, y trájo á Isabel

del otro Hemisferio , para que llenase de consuelo el nuestro.

Los pueblos del tránsito hasta la Corte obsequiaban á Isabel á porfia , y leían en su semblante la futura felicidad de España. *Ya pasó*, se decían unos á otros, *el invierno de nuestras desgracias , el yelo de la muerte y del espanto pasaron yá; las flores han aparecido en nuestra tierra, y las viñas dieron su buen olor.* Las hijas de Sion vieron á la Reyna y la llamaron *bienaventurada* ⁽¹⁾. Unos la apellidaron *la gloria de Jerusalén*, otros *la alegría de Israel*, todos *la honra de su pueblo* ⁽²⁾ Los vecinos mas robustos de ellos tiraron de su carroza , entrándola sobre sus hombros, como para dar á entender, que ellos solos merecian conducir tan sagrado peso. Los pueblos mas pobres, que no conservaron despues de la guerra otra cosa que sus nombres, la obsequiaron con sus lágrimas,

(1) Cant. cant. cap.2.v.11. Jam hiems transiit, imber abiit, et recessit.

(2) Judith. c. 15. v. 10. Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

perlas mas preciosas, que las que la presentaron otros mas ricos. Los coros de música se oían desde un pueblo á otro; de uno á otro pueblo se percebian los vivas y los aplausos. A un mismo tiempo se celebraban en todos los pueblos de España el matrimonio y la venida de Isabel, y en todos sus templos resonaban los cánticos de alabanza. Murcia, aqui deberías ocupar un lugar muy distinguido, si fuera permitido á un hijo ⁽¹⁾ renovar la amargura y sentimiento de su madre. Como si hubieras estudiado por muchos años el carácter y las virtudes de Isabel, la obsequiastes exercitando sus mas grandes virtudes, la misericordia y la piedad. Dotes para casar doncellas pobres, ayudas de costa para entrar religiosas, mayores para hijas de militares muertos en la última guerra, cien vestidos para viudas, sanas y abundantes comidas para pobres enfermos, hambrientos y encarcelados; estos, con mil regocijos, fueron los obsequios que prestastes á Isabel, estos

(1) El Autor natural de Murcia.

te darán el primer lugar en la lista de ellos, y los que honrarán igualmente la memoria de los reyes á quienes se hicieron, que la de los pueblos que las practicaron.

Llegó Isabel á la Corte, y vió postrado á sus pies el pueblo mas heróico de la tierra, aquel pueblo, para él que no son bastantes las coronas, que inventaron los antiguos para premiar á sus héroes. Las Musas salieron á recibirla con hymnos, y composiciones tan tiernas, como sublimes. Las bellas Artes manifestaron entonces, que se habian asustado con la guerra, pero que no se habian perdido. La Grandeza ostentó una profusion, como pudiera en tiempos mas felices. El Rey salió á recibir á Isabel para darla asiento en su corazon, y conducirla de la mano á su trono, en el que apareció como una *Reina rodeada de magestad* ⁽¹⁾.

Con la venida de Isabel todo resucita en España. Las ciencias encuentran un albergue, que hasta entoces no habian teni-

(1) Psalm. 44. v. 11. Astitit regina à dextris: circumdata varietate.

do. El Muséo, este edificio que intenta competir con las mejores obras de la antigüedad, y que fué arruinado por la envidia, ó por el furor de los franceses, se reedificó á ruegos, y con los caudales de Isabel. Las bellas Artes reciben aliento con su presencia, entregandola dos títulos, raras veces unidos, de Protectora y Profesora; y la Académia de San Fernando podrá llenarse de vanidad, cuando presente á nacionales y extrangeros los dibuxos de Isabel entrelazados con los de sus mejores pensionados de Roma. Las Artes mecánicas, nombradas así por las máquinas de que usan, y no por desprecio, fueron ennoblecidas con el contacto de las manos de Isabel. La Imprenta, y la fundicion de la Moneda, estos dos prodigios de la invencion humana, fueron manejados por sus manos, y todos los talleres, de cualquier modo apreciables, fueron honrados con su presencia. El pueblo de Madrid queda embelesado con las gracias de su Reina, cada dia le parece el primero que la ha visto, gentes de todas clases se atropellan por verla, se exhalan los cora-

zones en continuos aplausos , y los vivas señalan á todas horas la ruta que lleva. Por la mañana , por la tarde , por la noche , al templo , al campo , al paseo un grito universal de alabanza precede , y sigue la carroza de Isabel. ¡ Felices los reyes , que han tomado posesion del corazon de sus pueblos ! Felices los pueblos , que han entregado su corazon á sus reyes ! Felices reyes y pueblos , que no tienen mas , que unos mismos sentimientos y deseos !

Estos llegaron á su mayor complemento , cuando se declaró la fecundidad de la Reina. Con el parto de la Señora Infanta Doña María Isabel Luisa , de este ángel de Dios , que voló á verle pocos meses despues de haber nacido , se multiplicaron las bendiciones del pueblo , y España quedó convencida de que nada tenia que desear. *El Rey* , que segun la expresion de los proverbios , *comunica su alegría á todos , como el rocío á las yerbas del campo* ⁽¹⁾. aumentaba con ella las gracias de Isa-

(1) Prov. cap. 19. v. 12. Sicut ros super herbam , ita hilaritas Regis.

bel, y las daba todo su valor. Inmoble de su lado daba á entender á todos cuanto la amaba, y que en amarla, habia hallado todo su bien; que asi lo dice Dios, cuando habla de las mugeres buenas; *el que encuentra, dice, una muger buena: encuentra su bien*; y como el Rey la amaba en Dios *tenia en Dios la fuente misma de su complacencia* ⁽¹⁾.

¿Qué faltaba, oyentes, á Isabel para ser la criatura mas feliz de este mundo, si este miserable mundo pudiera hacer alguna criatura feliz! Jóven de veinte y un años, agraciada, discreta, entendida, prudente, amable, fecunda, aplaudida, piadosa, hija de los ínclitos reyes de Portugal, enlazada con todos los de Europa, Reina de la inmortal España, de España, de esta vasta monarquía para cuyos dominios nunca se pone totalmente el sol; lo diré de una vez, digna esposa de Fernando VII: ¿qué le fal-

(1) Prov. cap. 18. v. 22. Qui invenit mulierem bonam, invenit bonum, et hauriet jucunditatem à Domino.

taba á Isabel para ser una criatura feliz? Nada ciertamente: pero su vida se acabó en un momento. Como las flores del campo apareció por la mañana, y se marchitó por la noche. *Las gracias son falaces y la hermosura es vana* ⁽¹⁾, y aquella misma Reina, que á la una del dia habia dado á besar su Real mano á toda la Corte en besamanos general, á las nueve de la noche era ya difunta. ¡Qué espectáculo, oyentes, tan terrible, y tan lastimoso! Qué leccion tan persuasiva para convencernos de la vanidad de las cosas de este mundo! Temblemos á vista de este exemplar. Temblemos con la repentina muerte de Isabel. Temblemos y conozcamos, que las glorias de este mundo pasan como una sombra, y que los reyes descenden desde lo mas elevado de sus tronos en un momento al sepulcro, para confundirse con las cenizas de sus mas humildes vasallos: pudiendo solamente hacer eterna su memoria con sus virtudes, co-

(1) Prov. cap. 31. v. 30. Fallax gratia, vana est pulchritudo.

31

mo ha sucedido en Isabel, porque *la mu-
ger que tema á Dios, esa será alaba-
da* ⁽¹⁾.

PARTE 2.^a Asi como Dios manifiesta su poder derrocando los mas altos cédros del Líbano, y abatiendo las cabezas mas respetables de la tierra, para que aprendamos el poco aprecio que merecen las grandezas humanas; asi tambien colocó á los reyes en un lugar muy eminente, para que imitemos sus virtudes, y sigamos sus buenos exemplos. No tratan de otra cosa los cuatro libros de los reyes, que de la vida y acciones de los que observaron la ley santa de Dios, siendo sus favorecidos, y de la de los que se apartaron de ella, y merecieron por eso grandes castigos: y asi como refieren del Santo Rey Josías, que no hubo Rey alguno que se convirtiese mas de veras á Dios, ⁽²⁾ asi tambien nos refieren del im-

(1) Prov. cap. 31. v. 30. Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur.
(2) IV. Regum. cap. 23. v. 25.

pío Rey Manases, que hizo mayores males á su pueblo, que le pudieran hacer sus mismos enemigos; por lo cual Dios enviaría tales castigos sobre Jerusalem, que los venideros se taparían los oídos por no oírlos ⁽¹⁾. Son los reyes las fuentes públicas en las que toman los pueblos las aguas de las buenas ó malas costumbres, y estos serán buenos, religiosos y moderados, si lo son sus reyes. *Servir á Dios con temor, y alabarle con temblor* es el oficio de los reyes segun les dixo el primero de entre ellos ⁽²⁾.

Muchas y muy graves son las obligaciones de los reyes para con los pueblos, de las cuales trata muy por extenso el Padre de la Iglesia San Agustin ⁽³⁾ en sus libros de la Ciudad de Dios; y resumiendo solamente las que mas hacen á mi propósito, son las siguientes: „amar y temer „á Dios; desear mas el reino de los cielos „que los de la tierra; emplear todo su poder en aumentar el culto divino; no en-

(1) IV. Reg. cap. 21. v. 12.

(2) Psalm. 2.v.2. Servite Domino in timore, et exultate ei cum tremore.

(3) S. August. de Civit. Dei lib. 5. cap. 24.

„soberbecerse con la autoridad ; no buscar
 „otra gloria que la caridad, y hacer á Dios
 „un continuo sacrificio de humillacion por
 „sus pecados y los de su pueblo.“ Todas
 estas virtudes adornaron á nuestra Rei-
 na Isabel, todas las practicó, tan pública
 y notoriamente, que parece quiso dispen-
 sar á sus Panegiristas del trabajo de ave-
 riguarlas, y solo les permitió el muy peque-
 ño de referirlas.

La Fé, *substancia* y fundamento de
las cosas que debemos esperar ⁽¹⁾, y sin la
 cual es imposible agradar á Dios, estuvo
 en Isabel en un grado muy superior. Una
 fé viva que agrade á Dios, es el origen de
 nuestras buenas obras, hace que se prac-
 tiquen de continuo, sin desmentirse las unas
 á las otras. ¿De dónde proviene que sea-
 mos tan mudables en nuestros santos pro-
 pósitos, tan inconstantes en nuestras san-
 tas resoluciones, y tan desiguales las obras

(1) Div. Paul. Hebr. cap. 11. v. 1. Est autem fides sperandarum subs-
 tancia rerum.

que practicamos? de que nuestra fé no es viva, de que no es constante, de que es vacilante, y no es igual para todas las que emprendemos. Si así no fuese, con la ayuda de la gracia de Dios, ó todas nuestras buenas obras serian perfectas, ó se encaminarian á la perfeccion, como se vió en nuestra Reina Isabel. Esta fé viva y constante de los misterios de nuestra santa Religion era la que hacía, que se presentase en los templos con tanto respeto y humildad, que á no ser por la comitiva que la seguia, cualquiera hubiera dicho, que era una santa, pero no que era una Reina. Puesta delante de Dios la tierra y el sepulcro le parecian mucho para compararse con ellos. Arrodillada al pie de nuestros altares se hallaba mas contenta, que sentada en su trono, y esta viva fé producía aquella grande devocion con la que se preparaba, y recibia los santos Sacramentos de la Penitencia, y Eucaristía. Se confundía, se anonadaba á presencia del divino Sacramento del altar; desechaba la almoha-

da, que se acostumbra poner á la magestad, y se mantenía con la cabeza inclinada, aquella á quien se inclinaban todas las cabezas. Hería con duros golpes su inocente pecho, repitiendo muchas veces con el Centurion: Señor, no soy digna de que entreis en mi pobre morada, ¿de dónde, Señor, á mí, que venga mi Dios y mi Señor á mí? ¡Santos Angeles, que asistiais á este grande espectáculo, grande por el Dios que descendía al pecho de Isabel, y grande por las disposiciones con que Isabel le recibía, baxad, y decidnos, cuáles eran entonces los afectos de amor y de temor, de humildad y devocion que ocupaban su corazon! Baxad, y decidnos tambien la confusion que debe ocupar el nuestro á vista de la indiferencia con que nos acercamos á recibir este divino Sacramento! De esta viva fé que Isabel profesaba á todo lo que nos enseña nuestra santa Religion, procedía la grande veneracion y respeto que tenía á los sacerdotes ministros de Dios y dispensadores de sus sagrados misterios. *Quien*

les oye, oye á Dios, quien les desprecia, desprecia á Dios ⁽¹⁾. *Sus lábios guardan la ciencia, y la ley se ha de buscar en su boca* ⁽²⁾. Por esto respetaba sus palabras, oía sus pláticas, sus sermones, sus consejos, y cumplía exactamente las mortificaciones impuestas en el santo Sacramento de la Penitencia, haciendo de su oratorio una montaña como Elías, una soledad como el Bautista, un desierto en la cuaresma, imitando á nuestro Señor Jesucristo. Parece que tenia presentes á cada momento los tres encargos que hizo el Eclesiástico á los que temen á Dios: *honra, decia, á los Sacerdotes: bendice á los Sacerdotes: no dexes nunca á los Sacerdotes* ⁽³⁾.

Consiguiente á su grande fé era grande su piedad. Las sagradas Escrituras nos enseñan, *que el que teme á Dios, está bus-*

(1) Matth. cap. 10. v. 40. Qui vos audit, me audit: qui vos spernit, me spernit.

(2) Malach. cap. 2. v. 7. Labia sacerdotis custodiunt scientiam, et legem requirent de ore ejus.

(3) Eccles. cap. 7. v. 31. 32. 33. Sacerdotes honorifica; Sacerdotes santifica; ne derelinquas Sacerdotes.

cando nuevos motivos y medios de complacerle ⁽¹⁾. Hay muchos cristianos, y lo son en realidad, que confiesan y comulgan por la Pascua, que creen los artículos de la fe, que guardan los mandamientos de Dios y de la Iglesia, que oran y rezan el Padre-nuestro. Todo esto lo hacia Isabel, y lo repetía muchas veces; pero su piedad se extendía á muchas otras obras, que no están mandadas. Oía misa todos los dias, y en los festivos la solemne ó mayor de la Capilla Real. Confesaba, y comulgaba todos los meses, sin perjuicio de practicar lo mismo en las grandes festividades, que celebra la Iglesia de los misterios de nuestro Redentor Jesucristo, y de su santísima Madre, la que veneraba como suya, con una devocion muy tierna, y no salía á recrear el ánimo en el paseo los Domingos, sin que primero visitase su santa imágen de Atocha. Habia elegido por sus especiales abogados para con Dios al Arcángel

(1) Eccles. cap. 2. v. 19. Qui timet Dominum, quaerit quae beneplacita sunt ei.

San Rafaél, y á San Francisco de Paula. Sus imágenes con las de Jesus y María componían el adorno de su gabinete. Rezaba el Rosario todas las noches con su amado Esposo, que le acostumbra rezar con sus criados y sirvientes. Se preparó á su primer parto con una confesion general y comunión, y para el segundo con otra particular y comunión. La víspera de su muerte asistió á los maytines de noche buena; y habiéndola manifestado uno de sus criados, que aquel acto religioso podía causarle mucha incomodidad, que Dios veía su corazón y sus buenos deseos, le respondió prontamente: *sí, es cierto, Dios vé mi corazón; pero el mundo no lo vé.* Digna respuesta de la piedad de Isabel, y que debieran tener presente todos los Grandes de la tierra: los Grandes, y las señoras delicadas que se contentan con adorar á Dios en sus privados y oscuros oratorios. Sépan estas y aquellos, que son los primeros obligados á venir al templo á presentarse delante de Dios, á dár un testimonio público de su supremo dominio, á dár buen

exemplo á los pequeños, y mezclándose con los humildes, manifestar, que todos somos humildes y pequeños en su divina presencia.

No menos pura que su fé, fué santa y sublime la moral de nuestra Reina Isabel. La Religion de Jesucristo comprehende dos solas partes, lo que hemos de creer, y lo que hemos de practicar. ¿Y quién estaba tan arraigada en los dógmas como Isabel, ¿cómo podía dexar de ser exacta en el cumplimiento de sus obligaciones, con especialidad en las de su estado? La sociedad humana debe reputarse como una gran familia, cuyo padre es Dios. Esta se divide en grandes porciones, que llamamos naciones, y éstas en pequeñas sociedades de marido y muger, padres é hijos, amos y criados. El alma de estas grandes y pequeñas sociedades es la sumision; de manera, que estando los criados sumisos á sus amos, los hijos á sus padres, las mugeres á sus maridos, todos al Rey, y el Rey á Dios, la sociedad humana parecería ser mas de ángeles, que de

hombres. Instruida Isabel en estos principios por la religion, y por sus padres, amaba al Rey su Esposo y Señor con la mayor ternura. Arreglaba todas sus acciones de modo, que no pudieran causarle disgusto; y aunque su candor, y su inocencia la ponian á cubierto de todo, cuando veía que con el grande peso de los negocios el Rey estaba triste, le preguntaba con dulzura: *¿Fernando, puedo yo haberte causado esta tristeza? Por ventura puedo yo ser causa de algun disgusto?* Este amor en Isabel no era artificioso, nacía del fondo de su bella alma perfeccionada por la religion. Amaba al Rey porque debia amarle, porque la religion se lo mandaba, porque no amándole, hubiera faltado á una de sus primeras obligaciones. Nada obraba sin su licencia, nada dexó de obrar sin consultarle. Estudiaba en secreto en que podría complacerle, y conocia en su semblante en que podría disgustarle. *¿Cuándo molestó Isabel al Rey con pretensiones inoportunas? Cuándo se entrometió en los negocios de Estado? Fué capáz Isabel de*

abusar del poder real? Su respuesta acostumbrada á los que solicitaban su intercesion, era decir á todos con cariño, *hijos á Fernando, hijos á Fernando*. Yo no necesito de documentos para probar esta excelente conducta de Isabel, y esta consumada prudencia. No citaré los papeles públicos de su tiempo, ni las noticias contextes, que nos han venido de todas partes. Yo llamo á vosotros mismos por testigos de lo que digo, y vosotros mismos me direis, si habeis oido de persona alguna, que Isabel tomase parte una sola vez en las intrigas de los gabinetes, en las enemistades de las provincias, ó en las pretensiones de particulares. Yo solo tengo noticia de una de estas últimas, y es, quando se trataba de hacer obras de caridad y misericordia.

¡Ah! oyentes, que cuadro tan recargado de oscuros colores se presenta en este momento á mi imaginacion! Qué sucesos tan lamentables ocupan en este instante mi memoria! Qué materiales tan abundantes se me ofrecen para enriquecer el

elógió de Isabel, formando con ellos el contraste de sus virtudes! Cuántas Athalías hubo, que acabaron con los príncipes de Judá ⁽¹⁾! Cuántas Jetzabeles que pasaron á cuchillo los Sacerdotes y profetas de Israel ⁽²⁾! Cuántas..... pero se hace preciso omitir las digresiones, si hemos de pasar mas adelante.

Si tanto amaba Isabel á su Rey, esposo, y señor, ¿ cuánto amaría á sus hijos, dulces prendas de su amor? Su virtud era igual para con todos, y la Señora Infanta Doña María Isabel Luisa fue el instrumento de que Dios se valió, para que la Reina enseñase á las madres la obligacion que tienen de criar por sí mismas á sus hijos. Pecan las madres que sin justa causa no los crian, dice un celoso Teólogo de nuestros tiempos ⁽³⁾, aunque añade, que no sabrá decir, si este pecado será mortal, ó venial: mas yo le diré ¿ y *quién es capaz de graduar la gravedad, ó levedad de los pe-*

(1) IV. Reg. cap. 11. v. 1.

(2) III. Reg. cap. 19. v. 10. 14.

(3) Conc. Theolog. christian. lib. IV. cap. 4.

eados ⁽¹⁾? Las antiguas Matronas romanas se admirarían de la indiferencia de las mugeres cristianas para con sus hijos. Estas deben transmitirles con la leche los sentimientos y la nobleza de sus corazones, y evitar los descuidos, y abandono de madres extrañas. Es un abuso comun de todas las naciones y pueblos, el no cuidar de los niños en los primeros meses ó dias de su vida, en los que reciben todos sus sentidos las primeras impresiones. Una misma fuente, decia un Filósofo, es origen de muchos rios, que dándoles direcciones opuestas, terminan en puntos diametralmente contrarios ⁽²⁾. Las madres cristianas que no crían á sus propios hijos, rebaxan por su parte el elógio, que de la mejor de las madres hizo la muger Cananéa: *bienaventurados los pechos que te alimentaron* ⁽³⁾, y si son hijas, olvidan el precepto del Eclesiásto, que las dixo: *¿tienes hijas?*

(1) Psalm. 18. v. 13. *¿Delicta quis intelligit?*

(2) Educ. des Enf. cap. 1.

(3) Luc. cap. 11. v. 27. *Beata ubera quae suxisti.*

guarda su cuerpo ⁽¹⁾. La Reina de España, la Señora del nuevo mundo, lactaba su hija, la aseaba, la acariciaba, la vestía, en público, en secreto, en las diversiones, en su gabinete; y el pueblo que admiraba tan tierna piedad, la aplaudía en extremo, viendo confundido el orgullo de los poderosos y grandes con los derechos mas sagrados de la naturaleza.

Mucho sentiría, oyentes, llegar á molestaros con la relacion menuda y circunstanciada de las virtudes de Isabel; pero los buenos y leales vasallos nunca se cansaron de oír virtudes de sus reyes. ¿Y quién será capaz de referir todas las de Isabel? Quién podrá numerar sus buenos exemplos? Se atreverá por ventura alguno á decidir el carácter principal, que sobresalía en todas sus hermosas acciones? En cada una de ellas relucía el amor y el santo temor de Dios, la humildad, la moderacion, la inocencia y el candor. Ved aqui, á mi entender, el carácter

(1) Eccles. cap. 7. v. 26. Filiae tibi sunt? Serva corpus earum.

principal de las acciones de Isabel: el candor y la inocencia, que han sido, y serán siempre el de las almas virtuosas, el de las almas nobles, el de las almas puras; porque no es, ni puede serlo de una alma falsa, de una alma doble, de una alma enmarañada. Isabel podia decir, como David dixo de nuestro Señor Jesucristo, *me paseaba por enmedio de mi casa en la inocencia de mi corazón* ⁽¹⁾. Con sus hermanos se olvidó siempre de que era Reina. Todo lo que no es el Rey, es inferior á él. Despues de este, todo lo que no es la Reina, es menos que esta. Mas los hermanos de Isabel siempre fueron sus hermanos: nunca quiso usar con ellos de la etiqueta de palacio, y el amor que les tenia, suspendía la magestad, cuando les trataba. Para su familia fué una madre, y no parecia ser su Reina. *Piénsalo mejor: eso no te conviene: algun dia te pesará*: estas eran las palabras de que usaba en sus reprehensiones, renuncián-

(1) Psalm. 100, v. 2. Perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus meae.

do el triste derecho, que tienen los reyes de matar con las suyas, como sucedió con muchos. Sus criados suspiraban por servirle, se la presentaban sin turbacion, no estudiaban lo que habian de hablarla, no usaban de preámbulos, que encontró el miedo, para ponerse á cubierto de la altivez de los Grandes. Estos trataron á Isabel con mucha naturalidad; pero con el mayor respeto y sumision. Isabel poseyó el secreto de hacerse amar, y respetar de la Grandeza. Criada en la Corte de mayor etiqueta de toda la Europa, sabía, que los reyes no han recibido en vano el esplendor que les rodea, y que es necesario para atraerse los pueblos, para contener los Grandes, y conservar la autoridad que exercen en nombre de Dios sobre la tierra. Le era muy fácil á Isabel manifestar la magestad, que habia heredado de sus padres, y solo la deponía, cuando trataba con Dios, con el Rey, con sus hermanos, y con los pobres.

Estos fueron el objeto mas grande de las complacencias de Isabel: *extendió sus*

manos al infeliz, y sus palmas al necesitado ⁽¹⁾. Digna hija de Santa Isabel Reina de Portugal buscaba medios ingeniosos para socorrer todas las necesidades; he dicho poco, para precaverlas todas. Para esto rogó, instó, y consiguió de su amado esposo, que no se suspendiesen las obras públicas emprendidas despues de la guerra, frutos de la paz, que brotó la tierra. El Muséo, sus jardines, su casa de campo deben llamarse mas bien suministros á la indigencia, que ostentacion del poder; y sí tambien promovió las artes de luxo, la fábrica de la china, la de los cristales, y todos los primores propios de su sexo, en los prémios que repartía á los discípulos y discípulas de las escuelas, manifestó bien no ser otro su fin, que el de dar educacion, sustento, y ocupacion á los infelices, evitando por este medio la pérdida de los caudales, que salen extraviados de esta monarquía.

(1) Parab. Salom. cap. 31. v. 9. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem.

¿Y cómo puedo yo ponderar el ardor de su caridad, y las delicias de su santo amor para con los pobres, cuando voy á hablaros del que tenia Isabel á todos aquellos establecimientos piadosos, en los que yace la humanidad doliente y afligida? Los hospitales, las cárceles, los expósitos, las casas y juntas de caridad, que nosotros miramos con indiferencia y ojos enjutos, llamaron toda su atencion. ¿Qué espectáculo tan digno de la admiracion de los hombres, por no decir de los ángeles, ver á la Reina de ámbos mundos entrarse por los zaguanes, cuardras y salas de un hospital general, consolando á unos, alentando á otros, y recreando á todos los enfermos con su presencia? ¿Quién de nosotros se presentaría con igual valor, ó con igual serenidad que Isabel en ellos, exponiendo su vida al asalto de una calentura, al contágio de una tisis, al áscoco, y bascosidades de una ásma? Habrá corazon que no se deshaga en ternura, viendo á la hija de tantos reyes, y á la esposa del mayor de todos, tomar á su cargo la direccion, crianza, aséo, y edu-

cacion de los pobres niños expósitos, de estas inocentes víctimas de la desgracia, y del delito. La caridad de Isabel no reconocia límites; como si fuera posible, hacía esfuerzos para extenderlos, y se la vió socorrer á sus mismos enemigos; porque nadie puede dudar, que los grandes malhechores, los asesinos, los vandidos, los perturbadores de la paz pública lo son de los reyes y de los reinos, y hacen cuanto está de su parte, porque se arruine, y desplome una monarquía. A tales hombres socorrió Isabel, enviando cuantiosas limosnas á sus directores y juntas para que no les faltase el sustento. Mas no ha quedado sin premio su caridad aun en este mundo. Estos infelices han honrado su memoria, han celebrado sus exêquias, y han convidado á ellas por medio de sus directores, ó gefes, fixando carteles públicos en todas las esquinas de Madrid. Y vosotras, vírgenes consagradas á Dios, santos depósitos de inocencia y castidad, venid á concluir el elógio de Isabel, que yo yá no puedo proseguir. Vosotras, que la tra-

tasteis familiarmente , que recogisteis sus dulces palabras , y fuisteis testigos de sus santas obras , venid , y decidnos la pureza de su corazon , y habladnos del santo templo que se habia formado en él la divinidad , describiéndonos , como lo habia adornado con todas sus gracias. Pobres hijas de San Vicente á Paulo , muy ricas de humildad , y de caridad , venid , y cerrad el elógio de vuestra superiora general , sola ella digna de que el Santo Pio VII. la eligiese por santa superiora de las hermanas de la Caridad ⁽¹⁾ , tan contenta con este título , como pudiera con el glorioso de Reina Católica de España y de las Indias. Alma generosa , alma compasiva sube á los cielos á gozar de un eterno descanso ; sube á los cielos á recibir el premio de tu caridad.

Sonó en fin , oyentes , la hora fatal y última para Isabel. Sonó la hora que enseña á los reyes , y nos enseña á todos , que las glorias de este mundo pasan como la

(1) Señor Allue. Noticias de la vida de la Reyna,

sombra, y en pocos minutos de esta hora desaparecieron las grandes esperanzas de esta monarquía, y se conmovió toda la Corte. Espárcese la voz del insulto de la Reina, y cada uno teme para sí mismo una desgracia. Todos lo ven, y á penas pueden creer lo mismo que están viendo. La muerte y el espanto se ven dibujados en los semblantes de todos, y el pueblo de Madrid despavorido corre ácia palacio. De todas partes vienen avisos que chocan, y se contradicen: y cuando en la plazuela se dice, que la Reina está mejor, en la escalera dicen, que se muere, y en la antesala, que ya ha muerto. Acuden sus hermanos los Infantes á recoger los últimos suspiros de su adorada hermana. El Rey la coloca entre sus brazos. Muere, y todavía se mantiene en ellos, como si existiera. El pueblo se cerciora de su muerte, y un gemido universal de dolor fué la última salva, que hizo á su amada Reina. Tres dias consecutivos la estubo llorando, y en la madrugada del último, á las tres de la mañana, en el mes de Diciembre, se vieron

las calles de Madrid tan pobladas como al medio día. El carro fúnebre, que conducía su cadáver al panteon del Escorial, depósito de sus mayores, apenas podia abrirse paso. Una tropa de gentes le precedía, y otra le seguía, contando cada uno los favores que la debia, para que hasta en esto se asemejase el entierro de Isabel á los memorables de Dorcas ⁽¹⁾, y de Santa Paula ⁽²⁾.

¡Dios de nuestros padres! Dios omnipotente! Dios de todo consuelo! ¿Por qué nos habeis arrebatado á Isabel? ¿Por qué su vida ha sido tan corta, y su muerte tan temprana? Viviendo muchos años no nos hubiera dado muchos y mayores exemplos de virtud? No eran bastantes nuestras pasadas desgracias para desarmar vuestro enojo? Faltaba todavía esta hermosa víctima, que sacrificar por nuestros pecados? No nos es permitido, oyentes, entrar en la averiguacion de los secretos de Dios, so-

(1) Act. cap. 9. v. 39.

(2) S. Hier. Epist. 27.

lo debemos adorarlos , y humillarnos; mas os diré en pocas palabras , lo que nos dice el gran padre de la Iglesia San Gregorio hablando de la vida humana , y es, „que la vida presente mas bien puede llamarse muerte, que vida; porque nuestras „contínuas faltas de alma y cuerpo hacen, „que nuestra vida no sea otra cosa, que „una muerte prolongada⁽¹⁾.“ No obstante, si á mí me fuera concedido el soltar esa grande dificultad , que atormenta vuestra imaginacion , tomando en mi boca las palabras de la divina Sabiduría, os diria con ella, *que Dios se ha dado priesa á sacarla de este mundo , arrancándola de en medio de la iniquidad* ⁽²⁾. Nunca era mas necesaria en España una Reina tan virtuosa como Isabel; pero nunca España habia merecido menos una Reina tan virtuosa. Por esto Dios la llevó de entre nosotros. ¿No están nuestras costumbres en contra-

(1) S. Gregor. homil. 27. Vita nostra mors est potius dicenda, quam vita; si quidem, quotidianus defectus corruptionis est quaedam prolixitas mortis.

(2) Sap. cap. 4. v. 14. Properavit educere (illam) de medio iniquitatis.

diccion manifiesta con las tuyas? Se han imitado sus virtudes por alguna de las clases del estado? Se han seguido sus buenos exemplos por ninguna de ellas? Isabel poseyó todas las grandezas de este mundo, como si nada poseyese: nosotros vivimos en él, como si no hubiese otro. Su religion abrazaba todo lo que debemos creer, y debemos practicar, y fue en ella pura, y libre de toda mancha: ¿á la de muchos españoles, qué le falta para que la llamemos exterior, y de cumplimiento? Su fé era viva, y llena de buenas obras: la nuestra es muerta, y vacía de todas ellas. Su caridad no reconoció límites: la nuestra los tiene muy estrechos. Su amor al Rey fué grande, obediente y sumiso: ¿no parece el de muchos de pura conveniencia? El amor á sus hijos, hermanos, y criados fué todo de Dios: mas en nuestros tiempos todo es amor del mundo. ¡Qué oímos por todas partes mas que discursos, y conversaciones sediciosas contra la religion y sus ministros! Qué nos cuentan de otras, que hechos funestos y castigos

exemplares por causa de desobediencia! ¿Vemos á nuestro rededor mas, que padres y madres desapiadados para con sus hijos, amos impetuosos y crueles para con sus criados, esposos y esposas infieles, pérfidos y falsos amigos? Para qué queremos una Reina tan virtuosa, si no la habíamos de imitar? A qué fin su vida larga, si no habíamos de seguir sus buenos exemplos? Queríamos tener un testigo mas, mayor de toda excepcion, en el tribunal de Dios? No, Dios justísimo se dió priesa á llevarse á Isabel para sí, *sacandola de en medio de la iniquidad.*

Pero, oyentes mios, ¿no daremos nunca lugar á la reflexion, que mejor la llamaré una santa inspiracion? Una Reina tan alta, tan poderosa, tan delicada, como Isabel, vivió como una santa, ¿y nosotros no seremos santos, como nuestro Padre celestial nos manda, que seamos? *Sed santos*, nos dice, *como yo lo soy*⁽¹⁾. Seámoslo todos, como

(1) Epist. I. D. Petri. cap. I. v. 16. Sancti eritis, quoniam ego Sanctus sum.

lo es nuestro padre Dios. Sigamos los buenos exemplos de Isabel, empecemos á imitar sus virtudes, y sea la primera de todas el agradecimiento, porque todos debemos estarla agradecidos. Los Sacerdotes por lo mucho que nos honró, las madres de familia por las lecciones que las dió, los niños por lo mucho que les cuidó, los pobres por lo mucho que les socorrió, y todos por las virtudes que nos enseñó. Vengamos todos á quemar el incienso de la oracion sobre su sepulcro, y pidamos á Dios, que si hubiere tenido algunas faltas que purificar, el adorable sacrificio de expiacion, que acaba de celebrarse por su eterno descanso, sea el instante mismo en que se le abran las puertas eternas de la gloria.

¡Espíritu de Isabel, que como piadosamente creemos, volastes al cielo desde el lecho mismo de la muerte. ¡Alma pura y santa, que estás pisando las estrellas, prostrada ante el trono de la beatísima Trinidad, pídele su divina gracia, y toda pros-

peridad para esta tu amada España, que se halla inconsolable con tu pérdida; pídele por tu amado real esposo para que le dé acierto, como desea, en todo su gobierno; por todos tus amados vasallos, que no saben enjugar sus lágrimas por tu muerte, y que tanto te amaron y respetaron; por esta tu muy amada Ciudad de MURCIA, que tanto te obsequió en vida, tanto te obsequia en muerte, te obsequiará y rogará por tí, diciendo conmigo, con un suspiro del corazon:

REQUIESCAT IN PACE. AMEN.